

11. Regímenes del secreto y sociedad de la información¹

Secrecy regimes and Information Society

PABLO FRANCESCUTTI
Universidad Rey Juan Carlos
Madrid, España
luispablo.francescutti@urjc.es

Letra. Imagen. Sonido L.I.S. Ciudad Mediatizada
Año VII, # 13, Primer semestre 2015
Buenos Aires ARG | Págs. 153 a 168
Fecha de recepción: 6/2/2015
Fecha de aceptación: 14/2/2015

153

El secreto, información retenida intencionadamente, apenas ha sido estudiado por las ciencias de la comunicación; sin embargo, su importancia teórica y práctica no hace más que crecer. Las filtraciones de documentación clasificada realizadas en los últimos años por Wikileaks y otros actores han puesto sobre el tapete la cuestión de los límites de la opacidad en entornos multimediáticos. En este artículo, el “Cablegate”, la filtración masiva de documentos diplomáticos estadounidenses producida a fines del año 2010, sirve de excusa para repasar las lógicas del secreto, desde la antigüedad clásica a nuestros días. Al término del recorrido, y a luz del análisis de la cobertura periodística de dicha filtración, se examina el funcionamiento del secreto en el contexto actual y se concluye con una defensa de la necesidad de una intervención semiótica que ayude a su comprensión en el marco de la lucha por una mayor transparencia política.

*Palabras claves: secreto ~ opacidad ~ transparencia
~ Cablegate ~ sociedad de la información*

The secret -an information deliberately withheld- has rarely been studied by communication scholars. Nevertheless, its theoretical significance and practical importance has just kept growing. In the last years, the huge amount of classified documents disclosed by Wikileaks and other actors has raised the question of the limits of opacity in a digital environment. In this paper, the Cablegate scandal—the massive leak of U.S. Embassy cables— provides a reason to review the logics of secrecy from classical era to present times. At the end of the itinerary, we proceed to examine the secrecy's *modus operandi* in the light of our analysis of press coverage of the aforementioned leak. The

1 Reelaboración de las conferencias dictadas en el Centro de Investigaciones en Mediatizaciones (CIM) de la Universidad Nacional de Rosario (27 de noviembre de 2014) y en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires (4 de diciembre del mismo año), con los títulos “Secretos, filtraciones y escándalos: límites de la transparencia en la sociedad multimedia” y “El estudio del secreto en la sociedad multimedia: metodologías y abordajes”, respectivamente.

conclusions underline the need of a semiotic approach to this subject within the context of a struggle for greater political transparency.

Keywords: secret ~ opacity ~ transparence ~ Cablegate ~ Society of Information

1. Presentación

El secreto está en todas partes. Asoma en la cartelera cinematográfica, en las películas de espías y de *suspense*. Se exhibe conspicuamente en la *pantalla chica*, desde las teleseries centradas en secretos de familia e identidades ocultas, a los programas del *corazón* cuya materia prima consiste en infidencias de alcoba, pasando por los reportajes consagrados a visitar misterios de la historia reciente.

El secreto acapara las portadas de los diarios a raíz de las cuentas de Lázaro Báez, las denuncias de Edward Snowden o las componendas fiscales de Luxemburgo; y suscita debates en las revistas femeninas acerca de cuánta transparencia debe haber entre los miembros de la pareja. Prolifera en las librerías a través de las novelas góticas, las narraciones policiales o los best-sellers sobre conjuras misteriosas; pervive en las bibliotecas que custodian literaturas ricas en enigmas, desde *Edipo Rey* a cuentos de Borges como *La forma de la espada* o *El Tema del Traidor y el Héroe*; y resuena en el diccionario con una polifonía de voces: secretario, oculto, clandestino, críptico, sigilo, reserva, enigmático, incógnita, conciliábulo, esotérico...

154

El secreto gobierna la democracia española, sacudida por las informaciones sobre las escandalosas cuentas de sus prohombres en bancos suizos; convulsiona la política argentina por medio de la sospechosa muerte del fiscal Alberto Nisman; y perturba la memoria colectiva, obsesionada con las razones ocultas del asesinato de John Kennedy, los atentados de las Torres Gemelas o la muerte de Juan Pablo I.

El secreto tiene en vilo a una opinión pública bulímica de infidencias, cautivada a la vez que angustiada por la sospecha de que detrás de la fachada democrática se cocinan las verdaderas decisiones políticas. Nos desvela asimismo a cada uno de nosotros, conscientes de cómo nuestros datos privados se van filtrando a través de las comunicaciones personales. Preocupa asimismo la teoría política, incapaz de conciliar los principios de publicidad y transparencia con el tenaz secretismo del Estado; intriga a la crítica, sabedora de que el secreto de hoy será el libro o el filme de mañana; y lanza a la informática a una carrera sin fin en pos del descifrado de los códigos de seguridad así como del encriptado que asegure el secreto absoluto.

Por fin, ha atraído el interés de las ciencias de la comunicación, que lentamente van reconociendo su importancia y toman nota de que lo no dicho importa tanto como lo dicho. La disciplina cae en la cuenta de que dos de sus principales teóricos, Alan Turing —*padre* de la Inteligencia Artificial— y Claude Shannon —co-inventor de la teoría de la información—, fueron grandes reveladores de secretos y también sus protectores, como se deduce de su colaboración durante la Segunda Guerra Mundial en el descifrado del código alemán Enigma y en la puesta a punto el Sistema X, la clave codificada de los Aliados (LOZANO Y FRANCESCUTTI, 2012). Del apercebimiento de la ubicuidad y relevancia del secreto participa la investigación realizada por el Grupo de Estudios de Semiótico de la Cultura (GESC) de Madrid, con eje en la filtración de teletipos de las embajadas

estadounidenses conocida como “Cablegate”², cuyos resultados expondremos a continuación con el propósito de contribuir a una mejor comprensión del régimen del secreto en entornos multimedia.

2. El secreto, conquista de la humanidad

Nuestro abordaje de los regímenes del secreto sigue a dos referentes teóricos, uno del campo de la sociología y el otro de la semiótica. El primero es GEORG SIMMEL (1905), quien sentó las bases de la sociología de la comunicación al identificar las relaciones generadas por la retención adrede de información. Tales relaciones se reducen a dos, de inclusión y de exclusión: A y B saben lo que C desconoce. Se sigue de este postulado que el secreto poseído solamente por una persona no es tal a los efectos sociales (su estudio le compete, en todo caso, al psicoanálisis) ni tampoco lo es el secreto únicamente accesible a la divinidad (materia de los “misterios” de la religión). A Simmel el secreto le interesa ante todo como forma social. Indiferente a sus contenidos —siempre variables—, se ocupa de sus efectos y de las interacciones que genera. Su valor formal es evidente en las sociedades clandestinas, en donde lo que define la pertenencia es el pacto de silencio (el juramento masónico, la *omertá* mafiosa). Y otro tanto ocurre en el proceso de socialización: en el *mundo primitivo*, la iniciación de los varones pasa por la transmisión de secretos tribales; en la sociedad moderna, el secreto es un presupuesto del individualismo y de la identidad personal (somos lo que escondemos a los demás, como descubren los padres cuando sus hijos comienzan a ocultarles cosas).

155

De acuerdo con Simmel, los efectos del secreto se pueden clasificar en:

- a. estados de conocimiento (participar del secreto implica la posesión de un saber restringido)
- b. posiciones de poder (manejar información reservada otorga ventajas políticas)
- c. relaciones de lealtad (estar en el secreto conlleva el compromiso de no revelarlo)
- d. relaciones de traición (la posibilidad de su revelación no pactada)

El secreto, concluye Simmel, es una conquista de la humanidad. Una conquista dura de matar, pues la revelación nunca lo destruye, solamente lo desplaza. Al desentrañar un secreto, otros salen al paso. Cuanto más sabemos, más enigmas descubrimos. El secreto es una frazada corta: al destapar una parte se cubre otra. Afirmando la opacidad consustancial a la vida social, Simmel se coloca a contrapelo de la tradición sociológica que defiende la transparencia a capa y espada y hace de ella la cifra del progreso social.

Del lado de la semiótica, el cuadrado de veridicción de GREIMAS (1979: 432) muestra que el secreto es lo que es y no parece, a diferencia de la mentira (lo que parece y no es), de la verdad (lo que es y parece) y de la falsedad (lo que no es y no parece): cuatro predicados modales que, “semejantes a aquellos que califican a un sujeto desde el punto de vista del querer, del deber o del poder, especifican el saber de dicho sujeto según la relación que el mismo establece entre el parecer y el ser de sus objetos de conocimiento” (BERTRAND, 2012:30). El secreto corona “la cima del edificio modal y domina los

2 Este trabajo forma parte de los estudios realizados dentro del proyecto de investigación “El fenómeno WikiLeaks en España: un análisis semiótico y mediológico”, dirigido por Jorge Lozano (referencia CS02011-23315)

recorridos cognitivos”, que van de las modalidades aléticas (lo necesario, lo imposible, lo posible y lo contingente) a las epistémicas (lo certero, lo probable, lo incierto y lo improbable) y culminan en las veredictorias, donde se “pone de manifiesto la escena conflictual de las interacciones entre los sujetos del saber” (BERTRAND, OB. CIT. PÁG. 31).

La productividad de ese modelo se acrecienta al ponerse en relación con la dimensión estratégica de la comunicación. En tanto ésta posea una finalidad persuasiva, primarán el conflicto, el desacuerdo, el engaño: el consenso será una tregua provisional. Contra la sinceridad postulada por Habermas, las deliberaciones se subordinan a consideraciones de orden táctico y estratégico. La máscara, el montaje, la duplicidad del lenguaje fijan las reglas del comportamiento intersubjetivo. La circulación de informaciones se rige por las reglas del secreto, que es inherente a la comunicación. No hay una comunicación limpia de ruido y transparente sino distorsionada a propósito, sostiene Paolo Fabbri (CIT. EN FRANCESCUTTI, 2007A).

Hacer del secreto un tema de estudio semiótico requiere apartarse del énfasis en lo dicho y lo expresado, y poner el foco en lo no expresado, en lo escondido y silenciado del discurso. Se trata, en definitiva, de bosquejar una anti-epistemología, apunta Fabbri, una disciplina que “aborda la manera en que el conocimiento se esconde” (CIT. EN SERRA, 2012:217). Y siempre sin olvidar que se trata de un objeto del orden de lo decible (a diferencia del secreto sacramental, del orden de lo inefable). Forma discursiva dotada de una retórica propia, el secreto no es accesible más que a través del discurso; de ahí su pertinencia semiótica.

156

Se entiende la conveniencia de observar esos fenómenos desde el ángulo de las figuras contrarias al orden, en este caso la figura del ladrón de secretos (un espía, un periodista, o un pirata informático). De aquí que los escándalos causados por filtraciones periódicas en las que estos tres oficios se implican constituyan una vía regia por la que avanzar hacia las opacidades de la sociedad digitalmente transformada.

3. Regímenes del secreto (I): *arcani imperii*

Aproximarse a las figuras del oculto requiere inscribirlas en la lógica del secreto dentro la cual actúan. Esto, a su vez, obliga a hacer un poco de historia, pues dicha lógica ha variado con el tiempo. Hay que remontarse a los *arcani imperii* (secretos del poder, en latín) comentados por Tácito en sus *Anales* (II, 36). Tales arcanos afectan en simultáneo a la vida pública y privada del emperador de Roma, y se materializan en el poder imperial de retener información y ponerse por fuera del debate y del control del Senado. La doctrina reaparece en el Renacimiento, cuando el realismo político la recupera. Maquiavelo propone combinar el secreto del poder con el poder del secreto, en el que ve una técnica legítima y racional de gobierno, junto con la discreción y la simulación. En los siglos XVI y XVII, toda una literatura se forma en torno a ese instrumento de la Razón de Estado: el arte de la prudencia de Gracián (1647); las reflexiones sobre el secreto de Estado de Mazarino (1642). Un dato a no pasar por alto: el secretismo estatal coincide con el afloramiento jurídico y político de la esfera privada. KOSELLECK (2007) ha explicado cómo, al término de las Guerras de Religión, el absolutismo, en aras de la paz civil, aceptó el fuero de la conciencia: allí sus súbitos podían pensar o creer lo que quisieran (la conciencia había sido el sangriento campo de batalla de protestantes y católicos). Nace así un ámbito de privacidad al resguardo de los caprichos del Príncipe.

Con la Ilustración la lógica del secreto ingresa en otra fase. Portador de una razón universal, triunfal, emancipadora, ese movimiento intelectual declara la guerra al oscurantismo, en particular a la opacidad estatal. No por eso el siglo ilustrado dejará de fascinarse con los disfraces y las identidades falsas (véanse las óperas de enredos de Mozart) y con agentes dobles y espías como Cagliostro y Casanova. La eclosión de la esfera pública burguesa (HABERMAS, 1962) coincide con la moda de las escrituras cifradas, el esoterismo y las sociedades secretas. La ambivalencia de la época se encarna en la masonería, que lucha contra el absolutismo envuelta en un ritual de la ocultación. “Subrayar la dimensión críptica del Iluminismo -y no sólo la crítica-”, apunta Fabbri, “es un buen modo de introducir en un paradigma comunicativo racionalista una problemática capaz de dar cuenta de cosas que se le escapan” (CIT. EN FRANCESCUTTI, 2007A:32).

4. Regímenes del secreto (II): democracia liberal y secreto

157

Con la radical reconfiguración del campo político operada por las revoluciones burguesas se consolida definitivamente la esfera pública. El culto a la “verdad desnuda” (BLUMENBERG, 2013) desplaza a la doctrina de los *arcana imperii*. Entra en escena el gran ideal normativo de la democracia moderna: el principio de la transparencia, que tiene sus mayores exponentes en Kant y Bentham³. La desconfianza en el Estado sirve de premisa central del liberalismo, que no admite la disposición inversa: la desconfianza del Estado en sus ciudadanos (es decir, que los espíe, les oculte sus manejos o sus informaciones). El secreto se moraliza y es degradado de técnica de gobierno a patología política: en lo sucesivo, la caída de las tiranías será celebrada con un ritual purificador: la denuncia de la policía secreta y la apertura de sus archivos. El avance de la transparencia política —otra faceta del proceso de racionalización mentado por Max Weber— conoce unas pocas excepciones: las relaciones exteriores (el secreto diplomático), la defensa (los secretos estratégicos) y ámbitos decisorios muy determinados (en España, las sesiones del Consejo de Ministros).

La sociedad que rechaza la opacidad estatal defiende la esfera privada en la que, custodiados por el derecho a la inviolabilidad del domicilio y de la correspondencia, campan a sus anchas los secretos personales, familiares y profesionales (secreto de las fuentes periodísticas, secreto médico, secreto de instrucción, secreto de confesión...). El sufragio secreto protege al elector, y el secreto bancario, comercial e industrial (i.e. la fórmula de la Coca Cola) ampara a los agentes económicos. La privacidad ensancha sus dominios en el siglo XX gracias a la emigración rural: en las ciudades, el urbanita goza de un anonimato desconocido para el aldeano, cuya vida carecía de secretos para el escribano, el cura y el médico (VINCENT, 1989:1555S).

Pero el Estado pugna por recobrar el secretismo. Al rayar el siglo XX, se embarca en las guerras discretas del espionaje; aunque quizás su medida de mayor calado sea la burocratización del secreto. Las agencias estatales se abocan de modo rutinario a producir

3 Gracias a Foucault, Bentham ha pasado a la historia como el precursor de la Sociedad de la Vigilancia. Menos conocida es su defensa del principio de publicidad: “La publicidad”, escribía, “es la primera de las fianzas: ella lo perfecciona todo, y es el mejor medio de poner en acción todos los motivos morales, y todos los recursos intelectuales”. Kant, por su parte, “defiende que el único modo de garantizar que se dé tal acuerdo (entre política y moral) es la condena del secreto de los actos de gobierno y la institución de su publicidad” (BOBBIO, 2012: 14).

y gestionar informaciones políticas eficaces, a reservarlas y a disimular su puesta en reserva. A la racionalidad liberal se opone la racionalidad burocrática, cuyo dominio dimana en buena medida de la posesión de conocimientos sustraídos al escrutinio público. La tendencia cobrará fuerza con el auge de los totalitarismos, y se profundizará durante la Guerra Fría: las democracias occidentales, obsesionadas con las filtraciones y la amenaza comunista, se entregan al contraespionaje y las operaciones encubiertas⁴. El fin oficial de la diplomacia secreta (artículo 18 del Pacto de la Sociedad de Naciones), refrendado en la Carta de las Naciones Unidas, no suprimirá los acuerdos ocultos: véanse el pacto germano-soviético de 1939, o el convenio Ukusa de espionaje entre Estados Unidos, Reino Unido, Canadá, Australia y Nueva Zelanda, cuyo texto completo recién se conoció el año 2010.

Con el recrudecer de la opacidad surgen teóricos de los *arcana imperii* adaptados a las condiciones del Estado burocrático. SCHMITT (1921) advierte en el secreto una técnica funcional que se coloca por encima de la ley para asegurar su funcionamiento; una forma opaca apta para regular un juego político que toma formas transparentes (una idea parecida expresará el presidente español Felipe González en su notoria frase: “El Estado de Derecho también se defiende en las alcantarillas”). LUHMANN Y FUCHS (1995) insisten en su funcionalidad: el secreto ayuda a ganar tiempo político —y en este sentido preserva el status quo— a la par que abre posibilidades futuras, pues la información que se retiene hoy se podrá liberar mañana.

158

A esas formulaciones la teoría liberal no sabe cómo responder; la pervivencia del secreto tiene en ella tan difícil encaje como el estado de excepción, con el que se encuentra emparentado. No incomoda menos a la democracia —el “gobierno de los poderes visibles”, según la definición normativa de Bobbio— que oscila entre declararlo un mal necesario o hacer un secreto de su dependencia del secreto, sin evitar que éste se vuelva un secreto de Polichinela: las *guerras sucias* libradas por Estados democráticos, auténticos secretos a voces como la represión del FLNA en la Argelia de los años '60 o los crímenes del GAL en la España de los '80.

Tales paradojas generan una serie de efectos, efectos de sentido en términos semióticos:

5. presunción de sospecha: se supone que toda información reservada por las autoridades entraña una perfidia (si se oculta es porque se refiere a algún crimen). Tal suposición le brinda una gran baza al periodismo de denuncia y a otras instituciones diestras en explotar la estrategia de la sospecha. “No hacer saber” se vuelve equivalente a “esconder”; y “no comunicar”, a “disimulo” (FONTANILLE, 2013).
6. obsesión criptológica: todos nos convertimos en criptógrafos —en mayor medida los excluidos del poder— y aprendemos a leer la realidad en clave de mensajes ocultos. Nadie se escapa de esta manía: el Estado teme conspiraciones de sus súbditos; y los ciudadanos temen la transformación de éste en maquinaria policial. El espía deviene enemigo público número uno (los agentes de la CIA para la izquierda, los del KGB

4 Señala GALISON (2004) que en las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial se produjo una mutación histórica de los regímenes del secreto del Estado; el secreto atómico hizo que la ciencia, un saber público desde su génesis en la Era Moderna, pudiera tornarse materia reservada. En la medida en que la revolución científica de esa época generaba una masa incesante de informaciones, aumentaba de modo concomitante la fracción que debería reservarse, lo que obligó a crear una tipología del secreto en función de su valor estratégico y a desarrollar nuevas formas organizativas para su puesta en secreto.

para la derecha); no se distingue al terrorista del policía; se confunde acción con provocación. La visión conspirativa de la política —expresión del malestar ciudadano ante las limitaciones de la democracia— busca reducir la complejidad de los acontecimientos, mas con su causalismo simplista sólo consigue hacer todavía más compleja la comunicación de los hechos.

7. retorno de lo reprimido: el secreto reaparece sin cesar bajo la forma de escándalo. Su represión conduce a su continua puesta en discurso: no se habla de otra cosa. El espía, figura infame hasta la Primera Guerra Mundial, cobra estatura heroica. La proliferación de operaciones encubiertas a partir de los años '50 va de la mano de una explosión de la literatura sobre secretos de Estado, tanto en el plano de la ficción (las novelas de Ian Fleming, John Le Carré o Graham Greene) como de la no ficción (las memorias de ex-espías). Lo documental y lo ficticio entretrejen un imaginario marcado por una percepción exagerada del impacto del espionaje, que alimenta las visiones conspiratorias de la historia.
8. publicidad del secreto: la cultura del secreto posee un componente indisoluble de publicidad. Sea por la necesidad de legitimar las actividades secretas ante la opinión pública (la oficina de prensa de la CIA), por ánimo de revancha o afán de lucro (los libros de antiguos jefes del espionaje), por la labor de un periodismo ávido de revelaciones, el resultado es el mismo: al igual que la sexualidad, el secreto no es un tema confinado a las tinieblas, sino algo de lo que la sociedad se dedica a hablar sin tregua.
9. demanda social de revelaciones: se aglutina un público “presa del vértigo de un saber que ignora pero que presiente que le concierne -tal es el potencial de fascinación del efecto del secreto” (MARIN, 2012: 20). Como la demanda de revelaciones por parte de quienes piensan que no se les debe ocultar nada no puede ser saciada por la oferta del Estado (i.e. documentos desclasificados, hallazgos de comisiones parlamentarias, pesquisas judiciales), se abre una brecha que ficciones, ensayos y periodismo se afanan por cubrir. En paralelo al trasiego de secretos para las élites, surgen especialistas en suministrar o imaginar secretos para las masas, con las que establecen un duradero contrato de lectura.

159

5. Secreto y medios de comunicación masiva

Como hemos dicho, la dimensión pública del secreto y la formación de un público ávido de revelaciones abren ingentes oportunidades a los medios de comunicación. El fenómeno se remonta al siglo XIX, a la implicación temprana de la prensa en la promoción del principio de publicidad. De a poco, los periodistas se introducen en el *sanctasanc-tórum* del poder: cubren las sesiones parlamentarias⁵, se inmiscuyen en las casas de los

5 Hasta las revoluciones democráticas de fines del siglo XVIII y principios del XIX, las deliberaciones parlamentarias se mantenían en la más estricta confidencialidad: además de prohibirse el acceso del público a los lugares de sesiones, se penalizaba a los diputados y personas ajenas al parlamento por publicar noticias sobre sus debates sin la debida autorización (DE VEGA, 1985: 555).

gobernantes y los someten a interrogatorio mediante la novedosa técnica de la entrevista. Un salto cualitativo se inicia con el periodismo de investigación (*muckracker*), abocado a exponer las componendas de políticos y grandes corporaciones; y se consuma con la irrupción del fotoperiodismo (la cámara cándida del Dr. Salomon, los intrusivos *paparazzi*) en los círculos sociales más herméticos (FREUND, 1976).

Otro punto de inflexión: la televisión. Sus cámaras indiscretas se cuelan tras los bastidores de la escena política —Madeleine Albright dirá que el Consejo de Seguridad cuenta con seis miembros permanentes: las cinco potencias y la televisión— y su inmiscuirse tiene un impacto mayúsculo: el borramiento de los límites entre el *frontstage* y el *backstage* de la vida social (MEYROWITZ, 1985). Potencia el interés por la trastienda el efecto de sospecha: se presume que lo que se manifiesta en público es falso, y lo que se expresa en privado es lo verdadero. De ahí el recurso de la prensa a las interceptaciones telefónicas y a las celadas a personajes importantes con cámara oculta; de ahí la teatralización del *backstage*, devenido un nuevo *frontstage* que acrecienta la confusión entre ambos planos (Lázaro Báez exhibiendo su casa para demostrar que no existe ninguna caja fuerte con *dinero negro*; los reportajes pactados sobre la intimidad de figuras públicas...).

Con su quehacer, el periodismo consolida la esfera pública, legitima sus pretensiones de Cuarto Poder y afirma su idoneidad para manejar asuntos confidenciales, junto a las demás instituciones facultadas legalmente para ello: el poder judicial, las comisiones parlamentarias y el Ejecutivo y sus agencias. La gestión periodística del secreto da lugar a las siguientes interacciones:

160

- > pactos de silencio: las declaraciones *off the record* forjan pactos de confianza entre la fuente y el periodista; acuerdos que obligan a guardar ciertos silencios (revelar un secreto implica respetar otros). Un viejo aforismo lo capta a la perfección: un periodista vale más por lo que calla que por lo que cuenta.
- > filtraciones desde el poder: a diferencia de los hechos destapados por el periodismo de investigación contra los intereses creados, aquí se trata de una filtración promovida desde el seno del poder. Ejemplos del “periodismo de dossiers”: el informe sobre la Triple A que el ejército argentino entregó a *La Opinión* y allanó la caída del todopoderoso ministro López Rega; los datos sobre las corruptelas del clan Pujol filtrados por la policía española a *El Mundo*. Otra modalidad la representan los “globos sonda”, infidencias hechas por fuentes oficiales a periodistas de su confianza con la finalidad de calibrar la reacción de la opinión pública ante una iniciativa gubernamental. Por último, las pseudo-filtraciones ilustradas en la primicia de *The New York Times* acerca de la lista de asesinatos de Barak Obama. El diario sacó a la luz el “ritual burocrático” por el cual el presidente discutía semanalmente con sus asesores los miembros de Al Qaeda a liquidar mediante drones. La información fue “filtrada” por los mismos asesores con la intención de rebatir las críticas a la presunta indecisión de la Casa Blanca en la lucha contra el terrorismo.
- > filtraciones de particulares (*whistleblowers*): protagonizadas por individuos que por su cuenta y riesgo aportan pruebas de las actividades ilegales de las instituciones a las que están adscritos. Entre los más célebres destacan Daniel Ellsberg, el analista de la Rand Co. que pasó a la prensa los “Papeles del Pentágono”; Mordejai Vanunu, el técnico israelí que destapó el armamento nuclear de su país; el soldado Bradley Manning, que pasó a Wikileaks los cables del Departamento de Estado; y Edward Snowden, empleado de

la National Security Agency (NSA) que desveló los programas de vigilancia masiva de ésta.

- > Afianzamiento de un relato periodístico canónico: una narrativa que, invocando la exigencia de Verdad, se presenta bajo la forma de denuncia, confirma la existencia del secreto al tiempo que lo destruye, explica las condiciones en las que sus detentadores lo ejercen a la vez que exige su abolición, y acaba generando más desconfianza en el Estado. Con su sospecha permanente, su búsqueda de pruebas ocultas, su construcción de cadenas de causalidad y su abuso del *qui bono*, este tipo de relato articula una ideología próxima a las teorías de la conspiración, con las que comparte la premisa de que, a todo momento, alguien conspira contra el bien común, siendo el deber del profesional sacarlo a la luz (FRANCESCUTTI, 2007B).

161

Dicho esto, es pertinente preguntarse si el *modus operandi* descrito no se está viendo afectado por los cambios introducidos por las nuevas tecnologías, los ecosistemas mediáticos gestados por Internet, las audiencias activas, etcétera. En otras palabras: la pregunta de si estamos ingresando en una nueva fase de mayor transparencia. Una respuesta ya la ha dado el determinismo tecnológico, para el cual las tecnologías de la información y la comunicación, al facilitar las filtraciones, harán imposible la preservación de los secretos. En las páginas siguientes esbozaremos otra contestación en base al análisis de las filtraciones de Wikileaks, un objeto idóneo para el estudio del secreto en entornos multimediáticos en la medida en que concierne a la opinión pública de Estados democráticos, a Internet, al ciberactivismo, a las intervenciones militares en Irak y Afganistán, a la prensa y, en particular, a la de habla hispana.

6. Wikileaks y el “Cablegate”

Nuestra investigación se centró en la cobertura del “Cablegate”, en su propagación, la transparencia conseguida, su mediatización y sus consecuencias. Los hechos son conocidos: en 2007, Wikileaks, la web de ciberactivistas, comenzó a filtrar documentos clasificados destapando ilegalidades cometidas al amparo de la política exterior de Estados Unidos y sus aliados. Primero fueron los Diarios de Guerra Afganos, después los Diarios de Guerra de Irak, y finalmente, el “Cablegate” (noviembre/diciembre de 2010): la primera primicia de la historia difundida en las ediciones digitales antes que en las respectivas ediciones impresas.

Wikileaks saltó a la palestra bajo el lema “Keep government open”, en línea con los postulados de transparencia máxima de la ética hacker, cuyos preceptos defienden la libertad irrestricta de la Red. Partiendo de una desconfianza radical en los gobiernos y en cualquier instancia centralizadora (*mass media* incluidos), sus principios sostienen que en donde la información fluye el despotismo no puede mantenerse en pie (HIMANEM, 2001). Sujetos de esa misión liberadora serían el creador de software libre y el pirata informático, este último representado por Anonymous, un colectivo que, a semejanza de la masonería de antaño, libra enmascarado su cruzada por el derecho de acceso a los secretos del poder.

El retorno a los *arcana imperii* por parte de la Administración de George Bush Jr.⁶ fue

6 El secretismo del gobierno Bush tiene su medida en cifras: en el año 2004, los documentos

uno de los factores desencadenantes de la creación de Wikileaks. Al filtrar documentos estadounidenses, los ciberactivistas buscaban sublevar a la opinión pública mundial contra el secretismo de Washington y sus aliados. En esa estrategia se enmarcó el “Cablegate”, con la peculiaridad de que, en esa ocasión, Julian Assange, el líder de la web de filtraciones, pactó la publicación de una porción de los 250.000 teletipos sustraídos al Departamento de Estado con cinco cabeceras de orientación liberal-progresista: *The Guardian* (Reino Unido), *The New York Times* (EE UU), *Der Spiegel* (Alemania); *Le Monde* (Francia) y *El País* (España).

La exclusividad de la primicia chocaba frontalmente con la moral hácker, toda vez que implicaba abandonar la política de libre compartición de la información, en favor de un acuerdo con órganos del *establishment* que, según la crítica ciberactivista, manipula y coarta los flujos informativos. Procediendo de tal modo, Wikileaks profundizaba su asimilación al periodismo de investigación prefigurada en *Collateral Murder*, el video con imágenes clasificadas editadas conforme al patrón de la denuncia periodística.

Nuestros análisis (FRANCESCUTTI, 2014A Y 2014B) se ciñeron a la cobertura que *El País* hizo de los cables de las embajadas estadounidenses. La aplicación a una muestra de artículos del análisis estructural del relato y la teoría del encuadre arrojó las conclusiones que detallamos a continuación, comenzando por las relativas a los aspectos formales y narrativos y culminando con sus implicaciones políticas.

162

- > el relato de la filtración: la morfología de la primicia se ajusta a un esquema básico: la ocultación de determinadas informaciones sensibles provoca un déficit democrático que el héroe (el periodista) y sus coadyuvantes (Wikileaks) asumen el encargo de reparar por parte de un mandante (el ethos del Cuarto Poder). Tras desenmascarar al oponente (la Secretaría de Estado estadounidense y sus gobiernos cómplices) y cumplir la tarea encomendada (la filtración de la información oculta), el héroe subsana el desequilibrio inicial (la democracia recupera la transparencia), a sabiendas de que los agentes de la opacidad volverán a las andadas y serán necesarias nuevas intervenciones de los periodistas comprometidos con la verdad.
- > la filtración como fin en sí: el discurso periodístico se aplicó a poner en valor la primicia, a enfatizar su dimensión de hazaña periodística —expresión de la independencia de *El País*—, de su compromiso con la verdad, de su responsabilidad profesional, de su ethos en suma. El espectáculo de la revelación, con su retórica específica, rivalizó con la atención dada a su contenido: el *cómo* se filtró eclipsa al *qué* se reveló.
- > surgimiento de nuevos secretos: del relato se deduce que hubo negociaciones entre los periódicos y el gobierno de Estados Unidos, cuyo contenido *El País* no revela. Se ignoran, además, cuáles fueron los términos exactos del acuerdo entre Assange y las cabeceras, y el reparto de tareas fijado entre éstas.
- > agenda geopolítica mediática: sacando las revelaciones sobre injerencias

públicos clasificados por el Ejecutivo alcanzaron la cifra récord de 15,6 millones, casi el doble que en 2001; a la inversa, los documentos desclasificados se redujeron de 204 millones de páginas en 1997 a tan sólo 28 millones en 2004 (Fuente: Information Security Oversight Office).

estadounidenses en la política española, de tono marcadamente crítico, el periódico interpretó los cables valiéndose de encuadres más próximos a las grandes directrices de la política exterior de España (patente en su tratamiento de los cables relativos a Marruecos, Argentina y Brasil) y a la visión del mundo de Estados Unidos (China, Venezuela, Nicaragua, Irán, Rusia, Corea del Norte) que a la perspectiva antagónica de Wikileaks⁷.

- > efecto político menor: en España la primicia debilitó la imagen ya alicaída del Gobierno de Rodríguez Zapatero, al exponer su confabulación con la embajada estadounidense para frenar las causas judiciales por los vuelos secretos de la CIA y la muerte del camarógrafo José Couso en Irak, y promover una legislación anti-descargas a gusto de los norteamericanos; pero el daño no tuvo repercusión política (no suscitó siquiera un debate parlamentario). Menor mella hizo en los gobiernos latinoamericanos aludidos.

Primera conclusión: la transparencia en política internacional ganada con la exclusiva estuvo mediatizada por la línea editorial de *El País*. La iluminación de ciertas zonas de sombra tuvo por contrapartida la difusión de una visión del concierto mundial alejada de la perspectiva que Assange y los suyos pretendían promover (un dato nada sorprendente tratándose de un periódico de conocida ideología atlantista).

163

Segunda conclusión: la conmoción política causada por el asunto estuvo a la altura de lo esperado por Wikileaks. Su incidencia en la revuelta tunecina —difícil de calibrar objetivamente— sigue en discusión, aunque es plausible que las palabras del embajador estadounidense sobre la corrupción de la familia del dictador Ben Ali atizaran la indignación pública. En Estados Unidos no se alzó ningún clamor contra el secretismo estatal; al contrario, la opinión pública lo justificó en aras de la seguridad nacional. Y si bien la Secretaría de Estado quedó en una situación embarazosa que le obligó a pedir disculpas, no recibió críticas por parte del Congreso ni de sus aliados⁸, como sí ocurrió tras las revelaciones de Snowden (REPPY, 2014).

Tercera, el escándalo sí tuvo impactos mediáticos e ideológicos. De los primeros se beneficiaron las cabeceras asociadas, que con su abrazo de oso a los ciberactivistas neutralizaron el desafío planteado a su función mediadora/reveladora, logrando reafirmar sus roles de *gate-keeper* y gestores de secretos en los mercados de la información tradicional (*El País* consolidó la proyección internacional de su edición digital, en la medida en que los iberoamericanos tuvieron acudír a su web si querían enterarse de lo que decían los cables de sus gobernantes). De los beneficios quedó excluida Wikileaks, abandonada

7 Ejemplos: el encuadre de la amenaza islámica (el Islam visto como un complejo cultural-religioso proclive a la violencia y el fanatismo, y adverso a la modernización y al progreso, percepción en línea con la tesis del choque de civilizaciones de Samuel Huntington); el encuadre del *Rogue State* (caracterización de ciertas naciones periféricas como una amenaza para la paz y la seguridad internacional, distinguidas por su imprevisibilidad y su desprecio de las normas internacionales); o el encuadre del Estado Fallido (conjunto de clisés sobre los países en desarrollo y su incapacidad para autogobernarse, librarse de la corrupción y asegurar la modernidad y el bienestar a sus habitantes). Tales encuadres dominaron la cobertura de *El País* las primeras dos semanas con un peso cuantitativamente mayor que los enfoques críticos con la política exterior estadounidense identificados en las demás noticias.

8 En el plano oficial hubo un retroceso en las políticas de transparencia, patente en la persecución de Assange, Manning y Snowden, el hostigamiento a Wikileaks y las medidas legales contra los *whistleblowers*, incluida la antigua Espionage Act.

por sus ex socios y acorralada por sus enemigos, como refleja el asilo de su líder en una embajada en Londres.

En cuanto a su repercusión ideológica, ésta no se debe tanto al contenido de los cables como a la inserción de la revelación en un nudo de relatos que tocaban diversos tópicos de actualidad: los poderes de la Red, el control del ciberespacio, el culto a la *scoop*, la figura de Assange como un ángel vengador digital y, en especial, la “ideología de los derechos civiles” dominante en la cultura democrática contemporánea (ABRUZZESE, 2012:182ss). Dicha ideología —fuerza motriz de la opinión pública global— ha salido fortalecida; mas su reafirmación, al dejar intactas las mitologías de la transparencia y la mistificación de la información, no esclarece el funcionamiento del secreto en nuestros días sino más bien opera en sentido contrario.

Pasados cuatro años del “Cablegate”, el secreto, lejos de agonizar, goza de buena salud⁹. La inicial sensación de triunfo sobre los tenebrosos, la ilusión en un dispositivo panóptico puesto al servicio del pueblo por la feliz convergencia de ciberactivistas y periodistas honestos, se han disipado después de que Snowden mostrase que por cada secreto arrancado al poder, éste le arranca millones a los ciudadanos.

En lo referente al asunto de fondo —la supervivencia del secreto en la era digital—, el dato más significativo lo ponen las motivaciones de Wikileaks para asociarse con portavoces del denostado *establishment*. Conviene recordar que, con anterioridad a dicha asociación, Assange no ocultaba su frustración por los magros resultados obtenidos con sus filtraciones por Internet. Le decepcionaba en particular la blogosfera —el colectivo de los internautas líderes de opinión—, poco interesada en disputar la primacía comunicativa a la prensa *mainstream*. Wikileaks descubrió que podía revelar secretos, pero carecía de los instrumentos para que su gesto tuviera alcance masivo y, para salir del impasse, recurrió a las grandes cabeceras, en un reconocimiento de facto de su papel de *gate-keepers*. El “Cablegate” aceleró la concentración de los flujos de la Red en nodos hegemónicos. Que la avalancha de wiki-filtraciones (fugas de datos producidas y distribuidas colectivamente) anunciada en la circunstancia de la *scoop* no se produjera no hizo más que reforzar esa hegemonía¹⁰. A la luz de la experiencia descrita se aprecia que la digitalización, al facilitar la fuga de archivos clasificados, fomenta que por Internet se filtre un número creciente de documentos, sobre los cuales las necesidades estructurales de selección del sistema de medios (LUHMANN, 2007B:445s) ejercen su coerción de un modo tanto más implacable cuanto más se agiganta el volumen de información disponible. A resultas de ello se va configurando un entorno virtual en donde flotan innumerables secretos que muy pocos actores tienen la capacidad de destapar de una manera que surta efectos de gran envergadura.

164

7. Conclusiones

En lo que al ecosistema digital se refiere, el desenlace del “Cablegate” deja dudas: los medios de comunicación tradicionales manejaron la lógica del secreto en su beneficio;

9 De ello da fe el sigilo con el que se ha estado negociando el tratado de libre comercio *Trans-Pacific Partnership Agreement* (TPPA), cuyas cláusulas se han mantenido al margen de la opinión pública de los países concernidos.

10 Las grandes revelaciones posteriores, “Vaticanleaks”, el programa de espionaje de la NSA y el “Luxembourg Leaks”, fueron promovidas por un *whistleblower* estadounidense, una “Garganta profunda” del Vaticano y un consorcio de periodistas de investigación (ICIJ) respectivamente, que las difundieron a través de la prensa *mainstream*.

el reto ciberactivista fue neutralizado y la gestión de los asuntos confidenciales acabó en manos de los mismos: jueces, parlamentarios, agencias estatales, periodistas. En la victoria de las cabeceras incidieron su destreza persuasiva y su posición institucional, tanto más ventajosa cuanto que la partida se dirimió en su terreno —la opinión pública— y con sus armas retóricas —la estrategia de la sospecha. En su favor jugó su capacidad para enarbolar banderas caras al libertarismo hácker, como los flujos libres de información, la desconfianza en el Estado y la noción de la verdad como un documento u objeto cuya difusión surtirá efectos liberadores¹¹.

A este respecto se hace evidente que el impacto de lo revelado depende de su encuadre —la guía de lectura implícita en su presentación—, de la interpretación elaborada por las audiencias —no por saber más rápido qué sucede nos pondremos de acuerdo en su significado— y, en última instancia, del contexto: en concurrencia de ciertas circunstancias, una revelación propiciará revoluciones; en otras, pasará sin pena ni gloria, o consolidará el status quo. Encuadres, lecturas de las audiencias y contextos quisieron que la esperanza de los filtradores en que el “Cablegate” desataría los cambios deseados resultasen ilusorias.

165

Tales frustraciones importan bien poco a los medios; a fin de cuentas, la confianza desmedida en las revelaciones acrecienta el atractivo del espectáculo de la filtración. La puesta en escena del secreto —un índice más de su propensión por la publicidad— alimenta la auto-referencialidad del sistema mediático, resultado a su vez de la mercantilización de la información y de la competencia desenfrenada. El secreto otorga poder a quien lo posee —Simmel dixit— y también a quienes hacen de su revelación un negocio.

Resulta más productivo, por consiguiente, dejar de ver en Wikileaks al heraldo de una etapa superior de transparencia y tomarlo en cambio como el síntoma de una vuelta de tuerca a la lógica del secreto, un giro impulsado por la digitalización y el triunfo planetario de la democracia liberal y su ideología. Asistimos así a un proceso ininterrumpido de clasificación y revelación, de construcción y abolición del secreto, de ocultación de los secretos en el tiempo —los plazos de apertura de los archivos— y en el volumen bruto de información¹², lo que resulta en un aumento exponencial de revelaciones que choca de continuo con los límites de la agenda mediática y de la atención pública, forzadas a ceñirse a unos pocos temas a la vez.

La tensión entre un frenesí clasificador y un furor revelador retrata a una sociedad que ha entronizado al principio de publicidad y sin embargo no deja de generar secretos. En esta formación social, en vez de una esfera pública transparente fuera de la cual acechan los misterios hay una única esfera con gradaciones que van del mayor hermetismo a la mayor comunicación, mientras el secreto permanece incrustado en la médula del poder (Canetti). En tanto no integre racionalmente a éste a su andamiaje político, seguirá retornando como escándalo y aceitando las maquinarias mediáticas y las teorías conspirativas. La voladura de las lindes entre lo público y lo privado provocada por las tecnologías de la información facilita que los secretos circulen entre el escenario

11 En línea con la doble exigencia liberal de máxima transparencia al Estado y de máxima opacidad para la vida privada, Assange, tras años de bregar en pos del primer objetivo, se dedica ahora a concienciar a la opinión pública de la necesidad del encriptado en respuesta a la vigilancia ejercida en la Red por Estados Unidos y sus corporaciones (Assange et al. 2012: 1-7).

12 Una pequeña muestra de las cantidades monstruosas de información reservada: solamente los 280 millones de páginas clasificados por el Departamento de Energía de Estados Unidos demandarían 9.000 años de análisis, advertía GALISON (OB. CIT.)

y los bastidores sin que nadie esté dispuesto a renunciar a su utilidad estratégica, ni siquiera adalides de la transparencia del estilo de Wikileaks, Anonymous y los *whistle-blowers*.

Tampoco el público parece dispuesto a renunciar al culto del secreto, cuya aura se sustenta en las ambivalencias del psiquismo contemporáneo (DEWERPE, 1994:376ss). Ora nos identificamos con el destructor de secretos (el periodista, el detective), ora con el individuo cuya privacidad peligra (el espiado por el poder, el chantajeador), ora con el traficante de secretos (el conspirador, el espía). La identificación se nutre del consumo de denuncias periodísticas, ensayos y obras de ficción (la filmografía de Hitchcock, pródiga en falsos culpables y agentes dobles, no en poco debe su éxito a la satisfacción de esa demanda). El secreto ha sido y es uno de los motores más potentes de la narración, y nada indica que dejará de serlo.

Nada de lo aquí expresado, es preciso decirlo alto y claro, supone negar importancia a los combates colectivos por la transparencia. La reducción de la opacidad del Estado y de las grandes corporaciones es un artículo irrenunciable de toda agenda progresista. El secreto político es una no-comunicación que abre espacios extralegales a la violencia incontrolada, y que por lo tanto debe ser acotado (un recordatorio de esta necesidad apremiante lo acaban de dar los desmanes de los servicios de inteligencia argentinos). Al igual que descreer de la asepsia absoluta no lleva a descuidar la limpieza en los quirófanos, desmontar el ideal de la transparencia absoluta no implica cejar en la lucha por una mayor claridad política y en la defensa de los perseguidos por destapar crímenes de los poderosos. En esa lid a los estudiosos de la comunicación les cabe un cometido preciso, no siendo éste el de reproducir ideologías periodísticas sino el de promover una comprensión crítica de los regímenes de la verdad que permita, entre otras cosas, desnudar los ardides tendientes, según alertaba DEWERPE (1994), a hacer de la transparencia la máscara del secreto.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ASSANGE, J.; APPELBAUM, J; MÜLLER-MAGUHN & J. ZIMMERMANN, J. (2012) *Cypherpunks: Freedom and the Future of the Internet*. OR Books, New York.
- BERTRAND, D. (2012) “Los regímenes semióticos del secreto”, *Revista de Occidente* n° 374-375, pp. 27-40.
- ABRUZZESE, A. (2012) “Wikileaks: Opacidad y transparencia”, *Revista de Occidente* n° 374-375, pp. 181-196.
- BOBBIO, N. (2012) “Democracia y secreto”, *Revista de Occidente* n° 374-375, pp. 5-25.
- BLUMENBERG, H. (2013) “Metafórica de la verdad desnuda”, *Revista de Occidente* n° 386-387, pp. 30-36.
- DE VEGA, P. (1985) “El principio de publicidad parlamentaria y su proyección constitucional”, *Revista de Estudios Políticos* (Nueva Época) n° 43, pp. 45-65.
- DEWERPE, A. (1994) *Espion, une anthropologie historique du secret d'Etat contemporain*, Gallimard, París.
- FONTANILLE, J. (2013) “Semióticas de la transparencia”, *Revista de Occidente* n° 386-387, pp. 177-197.
- FRANCESCUTTI, P. (2007A) “El rostro oscuro de la comunicación”, *Punto de Vista* n° 86, pp. 31-36.
- 167 ----- (2007B) “Teoría de la conspiración. De cómo los medios de comunicación dan sentido a la historia del presente”, *Actas del Congreso de la Asociación Semiótica Argentina*, Buenos Aires, pp. 1-8.
- (2014A) “El espectáculo de la revelación. Autorreferencialidad periodística en la cobertura del Cablegate”, Jorge Lozano y Susana Díaz (eds.) *Vigilados. Wikileaks o las nuevas fronteras de la información*. Biblioteca Nueva, Madrid, pp. 97-124.
- (2014B) “La transparencia mediatizada: el “Cablegate” y la agenda del diario El País”, María Albergamo (ed.) *La Transparencia engaña*, Biblioteca Nueva, Madrid, pp. 133-152.
- FREUND, G. (1976) *La fotografía como documento social*, G. Gili, Barcelona.
- GALISON, P. (2004) “Removing Knowledge”, *Critical Inquiry*, 31, pp. 229-243.
- GRACIÁN, B.(1647) *Oráculo manual y arte de la prudencia*, Cátedra, Madrid [2005].
- GREIMAS, A. Y COURTÉS, J. (1979) *Semiótica. Diccionario razonado del lenguaje*, Vol I. Gredos, Madrid.
- HABERMAS, J. (1962) *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*, Gustavo Gili, Barcelona [1989].
- HIMANEN, P. (2001) *The Hacker Ethic and the Spirit of the Information Age*. Random House, New York.
- KOSELLECK, R. (2007) *Crisis y crítica. Un estudio de la patogénesis del mundo burgués*, Trotta, Madrid.
- LOZANO, J. Y FRANCESCUTTI, P. (2012) “Cuando desvelar es también ocultar”, *El País*, 7 de diciembre.
- Luhmann, N. (2007a) *La sociedad de la sociedad*, Universidad Iberoamericana, México D.F.
- (2007B) *La realidad de los medios de masas*. Universidad Iberoamericana/Anthropos, México D.F.
- MARIN, L. (2012) “Lógicas del secreto”, *Revista de Occidente* n° 374-375, pp. 11-26.
- MAZZARINO, G. (1642) *Breviario de los políticos*, Acanalado, Barcelona [2011, 4ª ed.].
- MEYROVITZ, J. (1985) *No Sense of Place: The Impact of Electronic on Social Behaviour*. Oxford, Oxford University Press.

- REPPY, J. (2014) "Wikileaks and State information control in the Cyber Age", en Giampiero Giacomello (ed) *Security in Cyberspace*. Bloomsbury Academy, Norfolk, pp. 59-82.
- Serra, M. (2012) "Entrevista con Paolo Fabbri", *Revista de Occidente* n° 374-375, pp 212-226.
- SCHMITT, C. (1921) *La dictadura*, Alianza Universidad, Madrid [1985] .
- TÁCITO, C.C. (1991) *Anales*. Gredos, Madrid.
- VINCENT, G. (1989) "¿Una historia del secreto", *Historia de la vida privada*, Vol. 5, Taurus, Madrid, pp. 155-390.